

PRIMER PREMIO

TÍTULO: CÓCTEL DE RECUERDOS

AUTOR: SARA BARBERÁ SÁNCHEZ (MADRID)

**CONCURSO
DE RELATOS
AMOROSOS**

Un cóctel de emociones



**HOTEL SERVIGROUP
MONTIBOLI** ★★★★★

Pda. Montiboli, s/n · 03570 Villajoyosa (Alicante)
www.montiboli.es · Tel: 96 589 02 50



Cóctel de recuerdos

El zumo de arándanos que derramé por accidente sobre tu camisa azul de seda, el que me llevó a conocerte y te hizo odiarme. El mismo que intenté limpiar torpemente sin lograr más que expandir aquella mancha roja sobre tu pecho, mojando ese corazón tuyo al que tanto me costó llegar.

La piña que comías el día que, harta de mis disculpas, decidiste perdonarme y me comunicaste formalmente que podíamos ser amigos. La misma que me ofreciste a modo de tregua, la que inició una amistad inusual entre aquella chica pecosa de actitud resuelta que eras a tus trece años y el chico tímido y callado que yo nunca dejé de ser.

La granadina que bebimos en aquel último baile del instituto, la que tú afirmabas que llevaba alcohol y yo apenas me atreví a probar. La que nos hizo bailar como locos hasta que a las diez de la noche te acompañé a casa y en la puerta me dijiste que era tu mejor amigo y yo, con tristeza, me di media vuelta y me alejé pensando que aquellos cuatro años de amistad sólo me habían hecho enamorarme aún más de ti.

La fresa que acababas de comer dos semanas más tarde cuando, el último día de clase, te acercaste a mí y me preguntaste que porqué no te hablaba. La fresa que indirectamente probaron mis labios cuando, sin darme tiempo a contestar, me besaste con esa manera tuya de hacer las cosas. De volverme loco.

El tequila de aquella noche de chicas en la que celebrasteis el paso a la Universidad, el que te bebiste a base de chupitos con limón y terminó convenciendo a tu teléfono para que me enviara aquel “Te quiero” inesperado que formalizó aquello que hasta entonces no nos habíamos atrevido a definir.

La vainilla con la que perfumabas las cartas que me enviabas desde Madrid, cada semana, durante los tres años que nuestros estudios nos mantuvieron separados. Esa misma vainilla a la que olías tú cuando dos veces al mes venías a verme y dormíamos abrazados en mi cama de noventa.

El champán de aquella noche en el Hotel Montíboli, el que ocultaba el anillo que pedí que escondieran en tu copa. El mismo que le pedí al maître cuando tu respuesta afirmativa a mi propuesta de matrimonio me impulsó a invitar a todo el hotel a un brindis.

El zumo de naranja con el que improvisadamente celebramos la noticia de tu embarazo. El mismo que volví a derramar, esta vez por los nervios, sobre tu pijama de raso azul. Ese zumo que nos bebimos hasta que no quedó ni una gota y, sobre cuyo cartón vacío, me juraste que eras la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

El azúcar que te ponías en el dedo cuando al pequeño Martín le empezaron a salir los dientes y buscaba consuelo desesperadamente en los brazos de su madre. Esa pizca de azúcar que me hizo comprender la suerte que tenía al veros a los dos acurrucados en el sofá.

El plátano que nos metías en la tartera para que, después del partido de tenis, Martín y yo almorzáramos. Ese plátano que tu hijo miraba con recelo y que a mí me daba la enorme tranquilidad de saber que tú, desde casa, seguías cuidando de nosotros.

El vodka de nuestro veinticinco aniversario, el que tomamos en el Montíboli mientras tú te reías de la parafernalia que monté para pedir tu mano. El mismo vodka que bebimos recordando nuestra historia, haciendo planes para esa libertad inminente que nuestro hijo iba a regalarnos. El vodka que me hizo besarte en cada semáforo de hotel a casa, el que me impedía dejar de mirarte, el que me hizo sentir de nuevo como aquel quinceañero enamorado hasta la médula de ti.

El cava de nuestras bodas de oro, el que bebimos con nuestros nietos. El mismo cava que dejaste caer de la copa cuando sentiste aquel mareo. El mismo cava que, olvidado en la mesa del salón, nos vio a todos salir corriendo hacia el hospital.

Los pongo todos en la coctelera. Cada ingrediente, cada recuerdo que tengo de ti. Y agito. Agito con todas mis fuerzas, con toda mi rabia, con toda la soledad que me has dejado. Agito hasta que consigo una mezcla perfecta que sirvo sobre un vaso con hielo picado y adorno con la hierbabuena que tu misma plantaste en la jardinera del balcón. Acercó el vaso a tu cama y cierro con fuerza los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, este cóctel de recuerdos te haya salvado. De ver tus ojos abiertos, tu sonrisa pausada, tu mirada tranquila. De verte coger mi mano, mirarme a los ojos y decirme al oído que todo irá bien.